

ESTUDIO INTRODUCTORIO AL TEXTO CLÁSICO:

Michael J. Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki (1975): *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to The Trilateral Commission*, New York University Press

El programa de máximos del neoliberalismo: el Informe a la Trilateral de 1975¹

Juan Carlos Monedero
Universidad Complutense de Madrid

1. LA HEGEMONÍA DE LAS TESIS CONSERVADORAS SOBRE LA CRISIS ECONÓMICA

“No hace falta estar de acuerdo con las conclusiones de la Comisión Trilateral para sentir simpatía por el análisis”

Alan Wolfe, *Los límites de la legitimidad. Las contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo* (1977)

La derecha “se robó el show” teórico en los años setenta. Compartió el diagnóstico con la izquierda acerca de los problemas del momento, fue realista al señalar las profundas dificultades por las que pasaban las democracias liberales (lejos de los intentos anteriores, especialmente en el entorno de 1968, de estorbar esas evidencias), no buscó negar las contradicciones entre la democracia y el capitalismo en ese momento de caída de la tasa de ganancia, e, incluso, asumió que detrás de los conflictos había problemas de clases. Pero no dudó, y de ahí su éxito, en aprovechar la debilidad de la izquierda para situar su matriz de opinión como la hegemónica en el ámbito intelectual, mediático y político occidentales: los problemas no tenían que ver con el sistema capitalista, sino con las propuestas políticas de la izquierda, marxista o socialdemócrata, que habían construido ciudadanos codiciosos e irreflexivos.

¹ Algunas de estas ideas las he desarrollado más detenidamente en Monedero (2011).

El problema no estaba en las contradicciones propias del mundo del trabajo, sino en el tejado de una ciudadanía corrompida por el Estado social, los partidos de izquierda y los nuevos movimientos sociales que azuzaban a los partidos ahí donde ellos ya no sabían o no querían llegar. La crisis de “ingobernabilidad”, interpretación que pondría en la agenda política el documento de 1975 de Huntington, Crozier y Watanuki a la Trilateral, era finalmente “una manifestación distorsionada políticamente del conflicto de clase entre trabajo asalariado y capital, o para ser más precisos: entre las exigencias políticas de reproducción de la clase obrera y las estrategias privadas de reproducción del capital” (Offe, 1979). No es por tanto extraño que Foucault, en esas mismas fechas, empezara a visualizar el poder del Ejecutivo como la señal de una nueva época donde el ámbito de la libertad se reducía.

Más allá de la propuesta política concreta de uno y el análisis a largo plazo de otro, los trabajos de Huntington y los de Foucault tienen un punto de encuentro: saber de la voluntad estatal de disciplinar al cuerpo social a través de los gobiernos conforme avanza la consolidación del sistema capitalista. Lo que para Huntington (junto a Crozier y Watanuki) era la decisión de frenar la "crisis de legitimidad" del mundo occidental, para Foucault era un mecanismo más profundo que buscaba controlar la autonomía popular. Es cierto que la reflexión sobre el refuerzo de los Ejecutivos ya había sido discutida en la ciencia política desde los años 30 (ahí están los trabajos de Leibholz o la discusión post Weimar acerca de la "racionalización parlamentaria"), pero será desde mediados de los setenta cuando las tesis sobre la ingobernabilidad harán un diagnóstico y propondrán una terapia que construyen los rasgos de lo que conocemos como neoliberalismo².

Tres años después de que el Informe “*La crisis de la democracia. Informe sobre la gobernabilidad de las democracias*” pusiera en la agenda política el asunto de la “gobernabilidad”, Foucault empieza a pensar la “gubernamentalidad”, es decir, esa especialización del poder que nacerían en el siglo XVIII pero que el filósofo

² Si el liberalismo tuvo como contendiente la monarquía absoluta, el enemigo del neoliberalismo es el Estado social. En 1944, cuando aún quedaba un año de guerra, Friedrich Hayek escribía en *Camino de servidumbre*: “los que estudian la evolución de las ideas, difícilmente pueden dejar de ver que hay más de una semejanza superficial entre la marcha del pensamiento en Alemania durante la guerra anterior y tras ella y el curso actual de las ideas en Inglaterra”. Para el padre del neoliberalismo, el Estado social (en ese mismo año entregaba Beveridge su propuesta de pleno empleo como base para una completa protección social) se acercaba peligrosamente la Alemania hitleriana (F. Hayek, 1944/1985:29).

francés encontraría desplegada con toda su fuerza en la Europa de Juan Pablo II, Margaret Thatcher y Helmut Kohl y que terminaría contagiando a la socialdemocracia en los años ochenta.

La contrarrevolución conservadora, que tendrá su representación simbólica máxima con la elección de Ronald Reagan en 1980, tenía como objetivo regresar al modelo capitalista perdido en algún momento del siglo XX. Ese regreso al modelo capitalista decimonónico -utilizando tecnología de los siglos siguientes-, generó una reesencialización del poder cuya expresión más evidente es la existencia actual de las mayores desigualdades registradas en la historia de la humanidad³.

Podemos decir que la “reesencialización del poder” es uno de los objetivos principales del informe a la Trilateral. Recuperando *El príncipe* de Maquiavelo, Foucault destacó la exterioridad del principado respecto del príncipe. Es decir, había una ruptura con la condición inmanente del poder. Lo que el príncipe recibió “sea por herencia, sea por adquisición, sea por conquista”, tenía que ganarlo, pelearlo y conservarlo con astucia y fuerza (Foucault, 1989), de manera que consiguiera la obediencia popular. En una dirección similar, podríamos afirmar que uno de los principales vértices de la política desde mediados de los setenta pasó a ser una discusión para que el poder regresara a las manos de aquellos a los que “siempre” les había pertenecido – recordemos las teorías elitistas del poder de Mosca, Pareto y Michels- y que sólo por el resultado de la Segunda Guerra Mundial (y el surgimiento de la URSS) lo perdieron. Si Maquiavelo le quita al príncipe su halo de divinidad y lo torna política, poder puro (y, por tanto, relación y lucha por el mismo), la reflexión sobre la gobernabilidad volvió a esencializar el poder proponiendo como idea central que el pueblo tiene que situarse de manera subordinada a las necesidades de reproducción de un orden social que no por tener diferencias fundamentales – por ejemplo, diferencias de clase- merece ni mucho menos ser derribado.

Si en 1949 Karl Polanyi se refería a la intervención del gobierno en la regulación de la economía como la *gran transformación*, los años setenta trajeron una nueva transformación que consistía en poner al Estado al servicio de los intereses de reproducción del capitalismo en crisis. La disparidad entre las exigencias populares y la capacidad estatal para satisfacerlas sólo podía solventarse reduciéndose las exigencias o aumentando la capacidad de realización del Estado. Por una parte, dismantelar el sector público, desregular la economía y

³ Pueden consultarse los informe de Naciones Unidas en: <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh2011/>

remercantilizar el mundo laboral, además de influir intelectualmente en la sociedad con el fin de controlar el flujo de valores alternativos, sin olvidar entregar a algunas instituciones que estuvieran por encima de los partidos - Tribunales Constitucionales, grupos de expertos- la tarea de filtrado de las demandas. Por otra, incrementar la capacidad estatal dotándolo de mayor presupuesto o buscando acuerdos sociales –el corporativismo- que solventasen en el ámbito social lo que el Estado difícilmente alcanzaba. Estaba en marcha lo que Bob Jessop (2008) ha llamado el paso del Welfare State (estado del bienestar) al Workfare State (el Estado trabajista). No se trataba, como con ligereza se apuntó desde algunos ámbitos, de la desaparición del Estado (en ese análisis, una vez más, coincidieron neoliberales e izquierdistas emparentados en las conclusiones), sino de una mutación que iba a sentar las bases de la transformación de la matriz del Estado social construida durante el siglo XX y que iba a experimentar su hegemonía con la crisis de 2008 y la ausencia de una respuesta eficaz desde la izquierda⁴.

La tesis de la gubernamentalidad –cuyo exponente conspicuo es *La crisis de la democracia*–, logró apropiarse de la crítica al Estado social. Los argumentos críticos con la situación del capitalismo, que en los años setenta pertenecían a la izquierda, fueron poco a poco desliziándose al campo conservador, de manera que lo que antes se había interpretado como originado en “las contradicciones de clases y las luchas resultantes que, por modificadas que estuviesen, acabarían necesariamente deshaciendo la estructura básica capitalista, junto con la constitución política y el sistema ideológico-cultural correspondientes” irían dejando paso a “los que siempre han entendido la modernización política orientada hacia la socialdemocracia como generadora de la crisis” (Offe, 1988: 27-28).

⁴ Para Foucault, desde el siglo XVIII el Estado se había gubernamentalizado. El espacio de la acción de gobierno tenía tres ámbitos: la población como objetivo, la economía política como saber y los dispositivos de seguridad como instrumentos técnicos. En la tesis de la gobernabilidad, estos espacios reemergen en forma de exigencia de obediencia por parte de la población, impelida por el mandato de la reproducción económica capitalista y utilizando para ello tanto los mecanismos de seguridad física (policía, jueces, ejércitos) como los mecanismos de seguridad simbólica (los propios de sociedades saturadas audiovisualmente).

2. EL NACIMIENTO DE LA TRILATERAL Y EL BAUTIZO DE LA GOBERNABILIDAD

“los intereses de la sociedad nacional por la cual el gobierno debe velar, son básicamente la seguridad militar, la integridad de su vida política y el bienestar de su pueblo. Estas necesidades no tienen calidad moral. Ellas se elevan y se basan en la pura existencia del Estado nacional”

George Keenan, *Moralidad y Política Exterior* (2004)

"Occidente conquistó el mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de las otras civilizaciones), sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales a menudo olvidan este hecho; los no occidentales, nunca”

Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones* (1997)

*La obra de Samuel Huntington es extremadamente útil para representar de manera sintética lo que han sido las líneas principales de la política exterior norteamericana -y por ende occidental- en los últimos decenios. Huntington inició su labor académica con el libro *El soldado y el Estado* (1957), donde ya establecía la necesidad de una *guardia pretoriana* que permitiera al poder político ejercer su tarea sin frenos. En el decenio siguiente apuntó contra la participación señalándola como uno de los problemas que debía afrontar el modelo de democracia occidental, al tiempo que sentaba las bases para una comprensión de la institucionalidad que supeditara la participación ciudadana (se trata de *El orden político en las sociedades en cambio*, de 1968). En esa etapa fue responsable de contrainsurgencia en Vietnam, nombre eufemístico para denominar las labores de espionaje y represión (como asesor del Presidente Lyndon B. Johnson justificó los bombardeos a las zonas rurales vietnamitas con el fin de forzar la emigración al pensar que era más fácil combatir al Vietcong en las ciudades). A mediados de los setenta representaría a su país en la recién nacida organización mundial *Trilateral*, impulsada por su mentor Brzezinski, desde donde se marcaría un modelo de *modernización* que no era sino la rearticulación política mundial al servicio de la hegemonía norteamericana. Es precisamente en *La crisis de la democracia* donde se marcaría la senda de las transiciones en el sur de Europa y en el cono sur latinoamericano, al tiempo que se sentaban las bases de la reconstrucción neoliberal y neoconservadora de la*

política. Más tarde definió la dirección de las transiciones en el Este de Europa (*La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, 1991). Sigue siendo, pese a su fallecimiento en 2008, el principal responsable intelectual de la creación del *enemigo* cultural civilizatorio y religioso árabe (*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, 1993 como artículo y 1996 como libro), donde se justifica el mantenimiento de un esfuerzo militar similar al de la guerra fría al estar abocado *Occidente* a una inevitable confrontación con *Oriente* que vendría a sustituir a la confrontación anterior basada en la lucha de clases. Los sucesos del 11 de septiembre en Nueva York fueron el diseño perfecto de este argumento, especialmente por la respuesta posterior en forma de *guerra preventiva permanente*.

En 2004 publicó *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional americana*, donde señaló a la inmigración hispana (los más de veinte millones de hispanos en los Estados Unidos) como el mayor desafío a los valores tradicionales norteamericanos. Hay que entender que para Huntington, la revolución puritana inglesa del siglo XVIII y no los principios de la Ilustración es lo que está en la base del credo americano. Su propuesta nacionalista y religiosa, asumida por Reagan y Bush padre, encontró después su culminación en las dos administraciones de George W. Bush y su política exterior agresiva y privatizadora (marcada, junto con Huntington, por los neoconservadores norteamericanos, muy influidos por el emigrado alemán Leo Strauss). Los trabajos de Huntington, en paralelo a los de Brzezinski, son el más depurado ideario de la política exterior norteamericana desde los años sesenta. Desde la revista *Foreign Policy (Política Exterior)*, de la que fue fundador Huntington y para la que hay ediciones en diferentes lenguas y continentes, se irradia a todo el mundo el pensamiento hegemónico norteamericano⁵.

⁵ La producción intelectual de Huntington está profundamente marcada por contenidos ideológicos reaccionarios envueltos en presupuestos formalmente científicos. Su convencimiento acerca del “destino manifiesto” estadounidense (“nuestro destino como nación no ha sido tener ideologías sino ser una”) lo lleva a no dudar en alinearse con regímenes claramente represivos, reproduciendo fielmente el conocido aserto cínico de Theodore Roosevelt acerca del dictador nicaragüense Anastasio Somoza: “He may be a son of a bitch, but he’s our son of a bitch” (es un hijo de perra, pero es “nuestro” hijo de perra). Véase Huntington (1997). Su apuesta por sátrapas, dictadores, corruptos o perseguidos ha sido siempre decidida siempre y cuando estos hayan servido a los intereses norteamericanos. Véase Francisco Palacios (1999:29).

Las tesis del Informe a la Trilateral de 1975 tomarían sus últimas colinas tras el 11 de septiembre de 2001. El terrorismo internacional, equiparado con el terrorismo islámico, despejó el camino para el triunfo de esas tesis, permitiendo, a su vez, retrocesos sustanciales en los *derechos civiles* en muchos países (pérdida de la inviolabilidad de la correspondencia, del secreto telefónico, del *habeas corpus*, de libertad de movimientos y de libre residencia; censura y amenazas en los medios de comunicación; autoritarismo en el comportamiento del poder; control de las comunicaciones; vigilancia constante con circuitos cerrados; torturas, ejecuciones sumarias y vejaciones; eliminación del estatus de preso; etc.), de *derechos políticos* (crecimiento de los organismos semipúblicos; incremento del secretismo oficial; predominio del Ejecutivo sobre el Legislativo; tecnificación de las decisiones; privatización de determinadas políticas, por ejemplo, la política monetaria, entregada a Bancos Centrales independientes), de *derechos sociales* (recortes en el Estado social pretextando la competitividad, la eficiencia o el esfuerzo militar, traducidos a su vez en desregulación de la legislación laboral y de las condiciones de trabajo, recortes en la seguridad social, negación de la negociación colectiva, reducción de salarios reales, amenazas o impedimento del derecho a huelga, etc.), y de *derechos culturales* (la creciente construcción del diferente como sospechoso, especialmente cuando se quieren recuperar identidades diferentes a las occidentales).

El concepto de gobernabilidad nació vinculado a una operación ideológica en el contexto de la guerra fría: la *Trilateral*, impulsada en 1973 por David Rockefeller, Presidente del Chase Manhattan Bank, siguiendo una idea de Zbigniew Brzezinski. La *Trilateral* fue el primer antecedente de *gobierno mundial* en el que participaban las principales empresas y gobiernos occidentales (Estados Unidos, Japón y la entonces Comunidad Económica Europea) para dar respuesta a lo que iba a ser el *capitalismo sin fronteras*, esa nueva fase del sistema capitalista que hoy conocemos como *globalización* con la que se pretendía superar el colapso del keynesianismo. Fue una ofensiva política frente a las demandas sociales de democracia política y social, que se querían conjurar creando una nueva alianza de clase cuando fuera posible (un *centro político*), y cuando no funcionase esa vía, con fuertes medidas punitivas que podían llegar hasta el golpe de Estado militar, como ocurrió en todos los continentes y en especial en América Latina (Garcés, 1996). El modelo neoliberal expresa su programa de máximos políticos en el Informe a la Trilateral de 1975.

En las conclusiones de ese estudio, Huntington, en colaboración con el francés Michel Crozier y el japonés Joji Watanuki, establecieron las líneas de choque frente al ímpetu democratizador de base que recorría el planeta. La crisis

económica, primero financiera y después ligada a la subida de los precios del petróleo; la oposición dentro y fuera del país a la masacre perpetrada por los Estados Unidos en Vietnam; los efectos críticos del mayo del 68; la reivindicación ciudadana de la minoría negra en los Estados Unidos; la crisis del caso Watergate; el impulso descolonizador; las movilizaciones populares en Europa, especialmente importantes en Italia y Alemania (y que incluían lucha armada), reclamando la democracia en las empresas; la revolución de los claveles en Portugal; la existencia de movimientos guerrilleros por toda América Latina; las huelgas obreras y ciudadanas en los estertores del franquismo, eran elementos que ponían en cuestión el orden político occidental de posguerra, quizá con mayor intensidad porque también cuestionaban el orden soviético tras el aplastamiento de la Primavera de Praga por los tanques del Pacto de Varsovia en 1968. Es importante destacar que es en 1974 cuando, por vez primera, la Asamblea de Naciones Unidas da “consistencia orgánica, institucional y normativa” al término *Nuevo Orden Internacional*. Un orden que implicaba la revisión de las conceptualizaciones y la praxis de las teorías de la modernización que habían condenado a la periferia a la impotencia política y al empobrecimiento económico. Un año antes, el Movimiento de Países No Alineados había condenado en Argel la dominación ideológica y planteado la necesidad de avanzar en un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) en paralelo con un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación.

Es el momento de los discursos acerca de la *crisis de legitimidad* de las sociedades capitalistas, que señalaban los límites políticos y económicos del Estado keynesiano. La obra de, entre otros muchos, James O'Connor, Claus Offe, Jürgen Habermas y Nikos Poulantzas, la atención que se prestaba a las experiencias de autogestión yugoslavas o a la resurrección de los trabajos de Gramsci tanto en Europa como en América Latina, insistían en la incapacidad de las democracias liberales para garantizar la obediencia ciudadana al poder en un contexto de agotamiento de la productividad del modelo fordista. La “obligación política” estaba en cuestión, precisamente en un momento de crisis del sistema capitalista, amenazado por la *estanflación* (simultaneidad de recesión económica y crecimiento de los precios) que iba a agravarse con la crisis del petróleo de 1973 y el aumento de las demandas laborales.

La conflictividad social fue recogida en el ámbito académico principalmente desde dos ópticas. La *liberal* insistió en que el Estado estaba *overloaded*, esto es, en su supuesta *sobrecarga* que se generaba al gastar más de lo que ingresaba creando desestabilizadores déficit fiscales. Esto se solventaba devolviendo al

mercado y a los actores sociales parte de sus funciones (concretamente las relacionadas con el Estado de bienestar). Por otro lado, estaba la crítica *marxista*, que planteaba la necesidad de la transformación social y su superación desde presupuestos socialistas (terminando con la explotación y poniendo en marcha formas de autogestión obrera). Los años sesenta y setenta son un momento de auge del aparato analítico marxista que, en algunas de sus vertientes, al tiempo que criticaba el autoritarismo de los regímenes soviéticos se salía de la lógica de la guerra fría y criticaba con igual contundencia la democracia liberal. La discusión en la ciencia social occidental continuaba siendo, como había escrito el sociólogo Irving Zeitlin a finales de los sesenta, un diálogo con Marx, si bien era el momento de los *marxistas heterodoxos*, con Gramsci a la cabeza. Es en este contexto donde hay que entender el acercamiento entre los análisis de una parte de la izquierda (por ejemplo, el de Wolf expresado en la cita que abre este trabajo) y el de Huntington. Y pueden servir también para entender la crisis general del pensamiento crítico que vendría en las décadas posteriores.

Durante la guerra fría fueron muchos los intentos de desmantelamiento de los análisis críticos del sistema capitalista y la democracia representativa. La tarea intelectual a favor de la hegemonía del modelo norteamericano (asumiendo ligeras variaciones nacionales) incluía líneas de investigación financiadas por empresas, cooptación de intelectuales por los gobiernos, organización de reuniones orientadas ideológicamente (por ejemplo, la reunión en Florencia en 1955 del Congreso por la Libertad de la Cultura, organizado por Raymond Aron, o los programas de captación de intelectuales para la defensa ideológica del bloque occidental), al igual que la creación de estrategias editoriales –publicidad, traducciones, presentaciones– que permitían convertir algunos trabajos en “referencias indiscutibles” (Stonor, 2002). Entre las más articuladas y publicitadas operaciones estuvo el conocido *fin de las ideologías* de Daniel Bell (cuya última versión correspondió al también funcionario del Departamento de Estado, Francis Fukuyama) y todo el arsenal intelectual de la *modernización*, que pretendía la existencia de una única senda de desarrollo para todos los países del mundo, senda que coincidía, curiosamente, con la evolución histórica de los Estados Unidos. No era gratuito que la obra clásica de Walt W. Rostow *Las etapas del crecimiento económico* (1960), que predecía una futura etapa de *despegue* para los entonces países del tercer mundo, llevase como subtítulo *Por un manifiesto no comunista*, en un intento decidido de frenar la influencia del instrumental marxista o de matriz marxista. De esta forma, los análisis que incorporaran la responsabilidad occidental en el subdesarrollo de otros países – por ejemplo, las teorías de la dependencia o los esfuerzos desarrollados desde la

CEPAL- pasaban a presentarse como obras ideológicas enemigas de la *sociedad abierta* (pese a que su principal error era precisamente no alejarse lo suficiente del modelo de Estado occidental, inexistente en América Latina). Pero lo realmente relevante era que esa construcción ideológica pretendía explicar “la nueva gramática de exclusión social como exceso de demanda” (Santos, 2002:60). La ciudadanía, en ese discurso, exigía demasiado. La democracia, cuando era participativa, se convertía en algo *indecente*.

3. GOBERNABILIDAD FRENTE A LEGITIMIDAD

“La Era tecnocrónica va diseñando paulatinamente una sociedad cada vez más controlada. Esa sociedad será dominada por una elite de personas que no dudarán en realizar sus objetivos mediante técnicas depuradas con las que influirán en el comportamiento del pueblo y controlarán con todo detalle a la sociedad, hasta el punto que llegará a ser posible ejercer una vigilancia casi permanente sobre cada uno de los ciudadanos del planeta”

Zbigniew Brzezinski, *La era tecnocrónica* (1970)

“Don Quijote representaba la juventud de una civilización: él se inventaba acontecimientos; nosotros no sabemos cómo escapar de los que nos acosan”

E.M. Ciorán, *Silogismos de la amargura* (1952/1990)

En los años setenta, en el contexto de agotamiento del modelo liberal keynesiano de posguerra, se puso en marcha, por tanto, una respuesta ideológica poderosa orientada a sustituir la *crisis de legitimidad* (con gran aceptación en los círculos intelectuales críticos y que cargaba las tintas en las contradicciones del sistema) por *crisis de gobernabilidad*. Ésta ponía el énfasis en las dificultades del liderazgo político, en la sobrecarga del Estado y en el auge de las reivindicaciones nacionales poscoloniales, así como en la necesidad de frenar las demandas populares y garantizar el gobierno de una sociedad que renunciara a la contestación.

Como recordaba desde el ámbito filológico Lázaro Carreter, el término *gobernabilidad* “sólo aludía a la posibilidad o precisión de que fueran obedientes a quien gobierna”. En el camino se perdía mucha información y se negaba

visibilidad a las protestas. La reclamación al poder político de una transformación social radical quedaba en una reclamación de *buen gobierno* que perdía su potencial crítico al otorgarle al mercado un lugar político equiparable al del Estado. El final del viaje lo reflejó nítidamente la Real Academia de la Lengua Española, cuando define como sinónimos “governabilidad” y “governanza”, y puntualiza que ésta es el “Arte o manera de gobernar que se propone como objetivo el logro de un desarrollo económico, social e institucional duradero, promoviendo un sano equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y el mercado de la economía” (Vidal Beneyto, 2002, 2010).

José Vidal Beneyto planteó que las dominaciones políticas siempre precisan de construcciones ideológicas asentadas sobre *conceptos-fuerza* que actúan como los verdaderos pilares de la misma dominación. Esas *palabras del poder* tienen su origen en círculos intelectuales (*think tanks*); posteriormente son recogidas por organismos internacionales; de ahí los toman los gobiernos nacionales, quienes, como canalizadores de lo “correcto”, serán los que informen a los medios de comunicación de masas que lograrán finalmente que la ciudadanía las haga suyas y reniegue de otras (una vez más, propagandistas, bufones y académicos aparecen en el circuito del poder).

Siendo coherente con una de las tesis principales del pensamiento conservador, la tesis de la crisis de gobernabilidad (mantenida en las teorías que usan torticeramente la expresión *buen gobierno*) señala al desarrollo tecnológico como un factor de transformación que obliga a las sociedades a adaptarse a sus exigencias. A través de este *determinismo tecnológico*, que confunde estructuras y objetos con actores sociales, se postula el asentimiento resignado del desarrollo social ante la supuesta inevitabilidad de un devenir marcado por una técnica que, al parecer, no está en manos de nadie ni responde a los intereses de ningún grupo. La técnica responde a la falacia naturalista que denunciara Hume. Las estructuras y los objetos cobran vida propia y los actores son meros espectadores de lo que les sucede en la vida social. Son esas máquinas que sólo obedecen a sí mismas y que popularizaría el cine de ciencia ficción. Todo tipo de respuestas automáticas forma parte del núcleo del pensamiento conservador tradicional. Esto es así porque la técnica, desde que el homo sapiens descubriera la posibilidad de hacer fuego, siempre ha tenido dueño. Y ocultar su condición de pertenencia, como bien desarrollara Habermas, es una forma de ocultar los intereses a los que sirve el desarrollo tecnológico. Algo agravado hoy cuando ciencia y tecnología se han fusionado en *tecnociencia* y esa tecnociencia se ha convertido en el factor económico más relevante en el capitalismo de la información.

La respuesta del sistema político a la petición popular de participación y a las demandas redistributivas del Estado fue declarar la sustitución de la *voz* (la protesta, según la expresión de Hirschman) de los seres humanos por la eficiencia inevitable de la técnica, por los protocolos inamovibles de las instituciones y por la confianza en los expertos de la política. Prometeo, uno de los primeros héroes del progreso humano, era de nuevo encadenado a una montaña para pagar su osadía de ayudar a los mortales. En el esquema del determinismo, la tecnología limitaba nuestra libertad de escoger; los parlamentos se convertían progresivamente en órganos técnicos; y la política se transformaba en una labor de expertos alejados de la simpleza de la cotidianeidad. Era el comienzo de la crítica feroz a la *ineficiencia* del Estado. La crítica neoliberal al Estado social venía, como se ha apuntado, de la supuesta *sobrecarga* del mismo, de manera que sólo su *adelgazamiento* permitiría recuperar el gobierno pacífico –no conflictivo– de las sociedades. Lo ha expresado con contundencia Cornelius Castoriadis (2002):

“La idea dominante, según la cual los expertos sólo pueden ser juzgados por otros expertos es una de las condiciones de la expansión y la irresponsabilidad creciente de los modernos aparatos jerárquicos burocráticos. La idea dominante de que existen “expertos” en política, es decir, especialistas en cosas universales y técnicos de la totalidad es un escarnio de la idea misma de democracia”.

Esa depuración del Estado tenía necesariamente que afectar a los partidos políticos (desde la posguerra, convertidos en aparatos del Estado y dependientes de los presupuestos generales). Fueron quienes la aplicaron, unas veces desde partidos socialdemócratas, otras desde formaciones democristianas o liberales. En esa operación era necesario criminalizar el conflicto que se expresaba al margen de los partidos tradicionales, es decir, en los movimientos sociales o en los partidos *extraparlamentarios*, palabra en sí cargada de connotaciones peyorativas. Los presupuestos abstractos de justicia, equidad, democracia eran cuestionados desde un principio de eficiencia inmediata importado de la idea de beneficio empresarial. La democracia era un coste. La *empresa* Estado, de esa manera, no era *rentable*. *El exceso* de democracia generaba ingobernabilidad. Hacían falta formas *fuertes* de gobierno⁶.

⁶ Quizá el ejemplo más depurado sea la propuesta lanzada desde el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts (think tank de la economía neoliberal) para

Las propuestas políticas de *Crisis de la democracia*, forman hoy parte del paisaje conocido de los cinco continentes. De hecho, actúan como una *caja negra* donde aparecen invertidas las prácticas de gobierno democrático implícitas en las formas progresistas de *gobierno transparente* (es decir, dígase lo contrario de lo que ahí se propone y aparecen formas democráticas de organización social). No en vano, en ese momento la lucha entre dos modelos de democracia estaba aún abierta.

Las propuestas que la Trilateral recomendaba para el mundo constituyen el programa de máximos del neoliberalismo -con las debidas referencias a afirmaciones genéricas y meramente retóricas de bienestar global-, donde los Estados nacionales debían *mutar*, cambiar su sustancia pluralista y democrática alcanzada en el periodo de posguerra, para dejar espacio a formas de gobierno supranacional que garantizaran principalmente el comercio mundial. La discusión en ese momento estaba dejando de ser con la Unión Soviética y se enfrentaba de manera creciente con los llamados *países del tercer mundo* y con las *disidencias* internas dentro del bloque occidental. Ese programa político, impulsado por Zbigniew Brzezinski, puede darse cumplido con creces cuatro décadas después. La Trilateral identificó cuatro disfunciones en las democracias contemporáneas: (1) la deslegitimación de la autoridad y la pérdida de confianza en el liderazgo; (2) la sobrecarga del Estado, relacionado con una mayor participación ciudadana en los asuntos políticos; (3) la falta de agregación de los intereses ciudadanos y el declive y fragmentación de los partidos políticos; (4) la estrechez de miras nacionalista en aquellos Estados que escuchan las presiones populares respecto de las relaciones internacionales. Precisamente se trata de aquellos elementos que la nueva izquierda refería, coincidiendo parcialmente con el diagnóstico, para concluir con la necesidad de superar el capitalismo, la Modernidad y el estatismo conexos con él. Por el contrario, las propuestas

solventar la crisis argentina en 2002. Un equipo de cinco expertos extranjeros formarían un gobierno de técnicos -que sustituiría al gobierno argentino- para, teóricamente, sacar al país de su situación, obviamente cumpliendo con todos los dictados del FMI. Es meritorio que la no participación popular es un requisito para que esas medidas de ajuste (expolio, según no pocas versiones) pudieran llevarse a cabo. Y no es menos obvio que, en nombre de un principio tecnocrático, desaparece la más básica norma democrática, que son las formas de participación popular -es este caso, elecciones-. Si las elecciones son un principio de obtención de legitimidad, ahora, se pretende desde esos ámbitos, lo sería la mera eficiencia. Nótese que es el mismo discurso, aunque menos elaborado, que el de la transparencia y la lucha contra la corrupción administrativa como formas del buen gobierno.

neoliberales se orientan no a entender la crisis como *oportunidad* sino como *riesgo* a eliminar.

Pero no debe entenderse que las propuestas de la Trilateral configuran una suerte de *Protocolo de los sabios de Sión*. Muy al contrario, las propuestas de la Trilateral están rodeadas de *razonabilidad*, además de venir acompañadas de una retórica sobre el bien común.⁷ Sin embargo, es en sus tesis principales (desalentar la participación ciudadana y liberar al Estado de su responsabilidad redistributiva) donde deben ser enmarcadas.

Estas son las propuestas a las que se invitaba:

1. Reequilibrar la relación entre *governabilidad* y *democracia*, en ese momento reforzando la gobernabilidad, fuertemente desestabilizada por un *exceso* de democracia.
2. Superación de la democracia directa o representativa allá donde lo reclame la gobernabilidad. Asumir que el Gobierno de las sociedades complejas requiere un incremento de los recursos materiales y de la autoridad política a disposición de los gobiernos.
3. Amejoramiento de las condiciones generales de vida de la sociedad a través del crecimiento económico (no de la redistribución fiscal o a través del gasto público), siempre bajo control estricto de la inflación. Le corresponde a *sabios* (economistas y planificadores) establecer cómo se llega al punto en el cual la gobernabilidad de la democracia depende de la expansión sostenida de la economía.
4. Necesidad de liderazgos fuertes, personales o institucionales. El vacío de liderazgo debe ser cubierto con liderazgos institucionales fuertes antes que con liderazgos carismáticos personales (menos controlables). De cualquier forma, allí donde no exista otro poder con capacidad de ejercer las tareas ejecutivas, serán los Presidentes quienes desempeñen esa labor para garantizar la gobernabilidad.

⁷ Los países de la Trilateral, representan el 10% de la población mundial y poseían el 80% de los recursos del planeta, así como la máxima responsabilidad en el deterioro ecológico. Sin embargo, no hay ninguna propuesta de redistribución de la renta, de vinculación de la pobreza del Sur con la riqueza del Norte, de satisfacción de la deuda social, de devolución de la acumulación primitiva, de condonación de la deuda externa o puesta en marcha de programas de ayuda desinteresados. Como es común en la historia del liberalismo, la distancia entre el discurso y la práctica es enorme.

5. Desconfiar de los funcionarios públicos (base del Estado social).
6. Descentralizar la administración, por un lado reforzando los poderes locales, y por otro evitando el monopolio de los expertos (burocracia estatal) que pueden alimentar los sueños quiméricos, las posturas radicales y la oposición al Estado.
7. Convertir los Parlamentos en órganos expertos y técnicos y no en órganos ideológicos.
8. Asumir la relevancia de los partidos políticos como canalizadores y agregadores de las preferencias públicas, como seleccionadores de elites y como suministradores de información (evitando que estas funciones se desarrollen desde otros lugares o desde canales antisistema, poniéndose en riesgo la *governabilidad* de la democracia capitalista). En otras palabras, los partidos tienen que convertirse en órganos de gestión más que de discurso político (creador de conflicto)
9. En esa dirección, los partidos deben convertirse en el lugar por excelencia del consenso, el espacio de agregación sistémica, consiguiendo así cumplir con las funciones contradictorias de representar intereses particulares y de agregar intereses en el conjunto. Es decir, lograr compromisos amplios al tiempo que se defienden intereses de grupo. Ante la incapacidad de lograr ambos aspectos por parte de los partidos de notables, corresponde incorporar esta función a los partidos de masas (demócratas cristianos y socialdemócratas).
10. Deben suprimirse las leyes que prohíben la financiación de los partidos por el Estado y por las grandes empresas y particulares. Los partidos no pueden depender exclusivamente de la financiación de la militancia (que genera capacidad de control de la dirección por las bases). A los fondos privados debe sumarse la financiación desde fondos públicos;
11. Debe disminuir la influencia de los periodistas en los medios de comunicación. No puede haber *abuso* en el ejercicio de la libertad de expresión, es decir, el periodista no debe hacer *periodismo de denuncia*. Hacen falta normas administrativas que protejan a las instituciones sociales (incluidas empresas) y a los gobiernos contra el excesivo poder de los *mass media*.
12. Reconducir las universidades a posiciones funcionales para la reproducción del sistema. Reducir los recursos financieros puestos a disposición de las Universidades públicas, que generan excedentes de

licenciados en relación con los puestos de trabajo disponibles. Programar la reducción de las pretensiones profesionales de quienes reciben una educación superior. Incrementar los recursos a disposición de las universidades privadas.

13. Combatir en las empresas la presión a favor de la autogestión o de la participación de los trabajadores en su dirección, así como las nacionalizaciones impulsadas por la izquierda, pues son contrarias a la cultura industrial y a las limitaciones de la organización empresarial, además de haber fracasado allí donde se han puesto en marcha. Moderar la participación de los trabajadores en las decisiones cruciales de las empresas. Prestar, por el contrario, más atención a las condiciones de organización del trabajo, con el fin de evitar el resentimiento y la frustración. Para ello, se pondrán en marcha nuevas formas de organización del trabajo que eviten las *tácticas chantajistas* y las presiones inflacionarias. Igualmente se buscará restaurar el estatus y la dignidad del trabajo manual, prestándose también atención a los trabajadores inmigrantes en Europa con el fin de que no convierta en conflicto como el racial en Estados Unidos. Los derechos tales como huelga, protección, salud, sindicación, negociación se mantendrán en la medida en que sean compatibles

14. No puede darse por garantizado el funcionamiento efectivo del gobierno democrático en los países de la Trilateral. Es necesario, por tanto, crear un Instituto para el Reforzamiento de las Instituciones Democráticas, financiado con fondos privados y, donde fuese posible y apropiado, también con fondos públicos.

15. Esta organización internacional, similar a las ya existentes en lo militar –NATO- y económico –FMI, BM, GATT y Comunidad Económica Europea-, debiera prestar atención urgente a los problemas críticos que están confrontando las democracias, esto es, la excesiva voluntad de cambio que hay detrás del *exceso de democracia*, la falta de autoridad del Estado, la iglesia y demás instituciones de liderazgo, las presiones de los países del *tercer mundo*, y la sobrecarga material de los Estados occidentales por culpa de las demandas sociales. Se trata de establecer una coordinación de las potencias occidentales que permita una respuesta política e ideológica similar a la que permite la principal organización militar occidental, esto es, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (NATO).

Este es el modelo de *modernización* que nace en los años cincuenta como parte de la guerra fría y se enuncia con toda crudeza en el mismo momento en el que el sistema capitalista está sufriendo una seria crítica ideológica y fuertes reveses en forma de acción colectiva crítica. Un modelo que apuesta por una serie de aspectos que conforme acercan a la pauta *modernizadora* alejan de una pauta *democratizadora* y que tendrá su máxima articulación con la propuesta de articulación política de la *gobernanza*:

- (a) la reducción del Estado en nombre de su eficiencia (confundiéndose Estado eficaz con Estado mínimo, puerta por donde se introduce la separación neoliberal de política y economía y se trocan derechos sociales por políticas de caridad);
- (b) la tecnificación de la política, rompiendo la fuerza transformadora inicial tanto de partidos como de Parlamentos, así como su privatización al ligarla a intereses privados y a personas individuales con capacidad de controlar los aparatos partidistas;
- (c) control de los medios de comunicación (repárese en que a la altura de 1975 aún no se había descubierto la mayor manipulación que permitía la compra directa de los medios. Aquí todavía se habla de una ingenua disminución de la influencia de los periodistas, a la vista de la situación actual de la comunicación, lo que da cuenta de unos medios relativamente libres, precisamente los que destaparon el caso Watergate o denunciaron las tropelías de la invasión de Vietnam);
- (d) incapacitación intelectual de los sectores populares impidiendo su acceso a la universidad y abortando sus pretensiones profesionales;
- (e) freno de la democracia económica (hoy ha quedado fuera del debate político o académico hablar de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas);
- (f) control administrativo, ideológico y militar de la democracia en aras de limitar la participación ciudadana, entendida como “exceso de democracia”, y de articular modelos legitimados a través de la formalización democrática que permitan el funcionamiento pacífico del sistema⁸.

⁸ El argumento fuerte que sostiene este edificio endeble no es otro que el determinismo tecnológico, que hace de los técnicos, managers y dirigentes los únicos perceptores de las mejores opciones sociales. El posterior pensamiento thatcheriano

Se ve con claridad que esta propuesta política se resume en: (1) menor participación popular en la política; (2) primacía de lo individual sobre lo colectivo; (3) sustitución del Estado por el mercado y determinados actores sociales; (4) preponderancia del técnico sobre el político. Es el *Management* frente a la democracia. Como opuesto a la idea de *transformar la sociedad* se ofrece el principio de *resolución de problemas concretos* (ocultando, una vez más, la agenda profunda: eliminar todo aquello que distorsiones el funcionamiento de un mercado en reconstrucción dominado por las grandes corporaciones). El resultado es lo que se conoce como *crisis de lo político*, realmente *crisis de la política democrática*. Se recuperaba la tesis aristotélica del *exceso de democracia*, según la cual la democracia degenera en gobierno del *populacho* y genera *ingobernabilidad*⁹. Al tiempo se retomaba la metáfora orgánica del *cuerpo* social que implica la existencia de una cabeza, el elemento central, y extremidades, miembros menores y, por tanto, amputables en caso de *gangrena*, que obligan a una concepción del orden social ajena a los contenidos críticos.

En un segundo plano quedaba la reivindicación también aristotélica de las virtudes *republicanas* ancladas en ciudadanos virtuosos. Y atrás quedaban igual los avances ciudadanos alcanzados al calor del impulso de la Ilustración, el liberalismo político y la crítica socialista, que situaban en un plano central de la legitimidad del poder el interés general garantizado a través de la idea de un *contrato social* entre el poder y el pueblo. Ese contrato social se asentaba a su vez sobre tres grandes principios que después formarían parte de las declaraciones universales de derechos humanos y que después han sido puestas en cuestión: (1)

TINA (there is no alternative), motivo recurrente del neoliberalismo, está ya prefigurado en el modelo de la modernización de los años cincuenta. De esta manera, aún siendo cierto, como se señaló, que nunca hubo menos pensamiento único que en la actualidad, no deja de ser cierto que la percepción de que no hay vías alternativas es hegemónica en todo el mundo. Esta unidimensionalidad del mundo, esa reducción de la diferencia a categorías incuestionables y funcionales para el sistema de dominación capitalista, ya fue denunciada por Marcuse en los años sesenta en su trabajo clásico *El hombre unidimensional* (1964) y es lo que está detrás de lo que Boaventura de Sousa Santos llama el “desperdicio de la experiencia”. Véase Theodor W. Adorno y otros (1973).

⁹ Recuérdese que para Aristóteles (capítulo VII de *La Política*), la monarquía degeneraba en tiranía, la aristocracia en oligarquía y la república en democracia, que para él era una forma de gobierno demagógica e irresponsable no a favor del bien común sino a favor de los pobres.

la capacidad de sustento propio (expresada principalmente en forma de propiedad privada y sujeta a las contradicciones de las sociedades de clase); (2) la existencia de opinión pública, que es la que permite que se pueda escoger entre diferentes opciones de poder; y (3) la posibilidad real de participar en el proceso político. En una sola idea: la soberanía popular.

4. GOBERNABILIDAD, GLOBALIZACIÓN Y CONSENSO DE WASHINGTON

“Pensamientos en guerra quieren romper mi frente”.
Octavio Paz, *Interior* (2002)

La *guía neoliberal*, que tenía el referente político en las propuestas de la *Trilateral*, quedó resumida en sus aspectos económicos en el llamado *Consenso de Washington*. Bajo ese nombre, el economista norteamericano John Williamson resumió “el consenso tácito que se había ido produciendo entre el Tesoro de Estados Unidos, la Reserva Federal, las instituciones multilaterales (FMI, Banco Mundial, OMC), importantes hombres de negocios y círculos de intelectuales, acerca de las políticas pertinentes para América Latina a finales de los años ochenta” (Donoso, 2003)¹⁰.

Era el consenso sobre una forma de diagnóstico y terapia de la economía que, expresado en forma de ortodoxia científica, dejaba de lado toda posibilidad de crítica. De ahí que la expresión *pensamiento único* (por otro lado, equívoca, pues nunca, en verdad, hubo tanto pensamiento) lograra aceptación para expresar la fuerza de ese nuevo canon económico.

El *Consenso* implicaba cinco grandes reformas, fiscales, laborales, comerciales, financieras y estatales expresadas en la siguiente forma:

- (1) equilibrio del presupuesto público reduciendo el déficit fiscal;
- (2) reconducción del gasto público primando la selección del mercado;
- (3) reformas fiscales que redujeran los impuestos directos y aumentaran los indirectos;
- (4) establecimiento de tipos de interés positivos que atrajeran capitales y fomentasen el ahorro interno;

¹⁰ Para las tesis de J. Williamson, véase Williamson (1999).

- (5) tipos de cambio que permitieran orientar la economía hacia el exterior de manera competitiva;
- (6) liberalización comercial con plena apertura de fronteras;
- (7) recepción de inversión extranjera directa;
- (8) privatizaciones del sector público;
- (9) desregulación en lo referente al mercado laboral, a los controles a las empresas y a los capitales y desaparición de las barreras legales a los movimientos económicos (salvo de mano de obra);
- (10) garantías a los derechos de propiedad.

Como ha planteado Donoso (2003), estas diez propuestas marcan tres orientaciones principales: repliegue del Estado (desregulación social y económica; reformas presupuestarias; privatizaciones); reforzamiento de la condición policial del Estado (garantías de cumplimiento del orden legal, especialmente de la economía de mercado y de la propiedad privada); ampliación del alcance de los mercados nacionales e internacionales (liberalizaciones comercial, financiera y cambiaria); a lo que añadiríamos una fuerte reforma laboral que devuelve al mercado el ajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra, camino de convertirse de nuevo en otra mercancía más sin las atenciones del modelo anterior.

Este conjunto de requisitos es la contraparte económica de la idea de *governabilidad*, donde, al igual que en la parte política que recoge esta idea, el Estado debe dejar todo el camino libre al mercado a través de la desregulación, la liberalización, la privatización, el ajuste macroeconómico y la primacía del sector exterior, encargándose tan solo, al igual que recoge la idea de gobernabilidad, de garantizar la propiedad privada y el discurrir armónico del desarrollo de la acumulación capitalista. El colapso del Estado social keynesiano y la ruptura del contrato social de posguerra se expresó, pues, en el ámbito económico, en

“(...) una combinación de monetarismo, política de oferta y desregulación laborales, orientadas a la recuperación de las tasas de beneficio como motor de la reactivación global. En el social, a través de la remercantilización de bienes y servicios públicos y la correlativa residualización de los roles redistributivos del Estado” (Brugué, Amorós y Gomá, 1994).

En definitiva, la gobernabilidad, en su comprensión a partir de los años ochenta, redujo la racionalidad que reclamaba Weber para el Estado capitalista a mera seguridad y predecibilidad, propia de *Estados gendarme* y apuntó hacia menos *Estados sociales y democráticos de derecho*. Esas tareas de *ayuda mutua* institucionalizada en el Estado fueron traspasadas a unos sustitutos funcionales (las ONG, el tercer sector, el renacimiento de la labor social de la iglesia) a fin de compensar los desajustes. Pero no ha sido el caso. Más bien al contrario, estas instituciones intermedias han asumido la lógica mercantil, transformando la solidaridad en una mercancía más. En definitiva, y con la hermosa y terrible metáfora de Pierre Bourdieu, en la metamorfosis del Estado en la globalización neoliberal, tenemos menos mano izquierda, la mano *femenina* del Estado, la que enseña, alimenta, cuida, alienta y conforta, y más mano derecha, la mano *masculina* que coacciona, reprende, amenaza y castiga (Bourdieu, 1999).

5. BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, TH. W. Y OTROS (1973): *La disputa del Positivismo en la Sociología Alemana*, Barcelona, Grijalbo.
- BOURDIEU, P. (1999): *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama.
- BRUGUÉ, Q., AMORÓS, M. Y GOMÁ, R. (1994): “La administración pública y sus clientes: ¿Moda organizativa u opción ideológica?”, *Gestión y análisis de políticas pública*, nº 1, Madrid.
- CASTORIADIS, C. (2002): *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa.
- DONOSO, V. (2003): “Los retos de una globalización alternativa”, en J. C. MONEDERO (ed.): *Cansancio del Leviatán. Problemas políticos en la mundialización*, Madrid, Trotta.
- FOUCAULT, M. (1989): La “gubernamentalidad”, en *Estética, ética y hermenéutica, Obras Esenciales III*, Barcelona, Paidós.
- GARCÉS, J. (1996): *Soberanos e intervenidos*, Madrid, Siglo XXI.
- HAYEK, F. (1985): *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial.
- HUNTINGTON, S. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.
- JESSOP, R. (2008): *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata.

- MONEDERO, J.C. (2011): *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Madrid, FCE.
- OFFE, C. (1979): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema.
- PALACIOS, F. (1999): *La civilización de choque*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- SANTOS, B. (2002): *Democratizar a democracia. Os camihos da democracia participativa*, Rio de Janeiro, Civilizaçao Brasileir.
- STONOR, S. (2002): *Los intelectuales y la guerra fría*, Madrid, Debate.
- VIDAL BENEYTO, J. (2002): “Las palabras del Imperio (1): Gobernabilidad y gobernanza”, *El País*, 12 de abril de 2002.
- VIDAL BENEYTO, J. (2010): *La corrupción del poder*, Madrid, Catarata.
- WILLIAMSON, J. (1999): “What Washington means by policy reform”, en J. WILLIAMSON (ed.): *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*, Washington, Institute for International Economics.

Recibido: 26 de noviembre de 2012

Aceptado: 16 de diciembre de 2012

Juan Carlos Monedero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Complutense de Madrid. En 2010 fue ponente central en la conmemoración del Día Internacional de la Democracia en la Asamblea General de Naciones Unidas. Fue responsable de Formación del Centro Internacional Miranda (Caracas). Dirige el Departamento de Gobierno, Políticas Públicas y Ciudadanía Global del Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Sus libros más recientes son: “El gobierno de las palabras: política para tiempos de confusión” FCE, 2011; “La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española”, Catarata, 2011.